

idea de sexualidad y crisis de la antropología

Enrique M. Borrego

Tipología de las actitudes

Parece ambicioso, y tal vez inútil, intentar establecer en la situación cultural presente un concepto válido de sexualidad. Sobre todo si buscamos aclarar sus implicaciones éticas. Pero existen algunas características comunes en el concepto de sexualidad generalmente vertido en medios de comunicación y usado no muy estrictamente por personas de cultura media. Podría entonces resultar de alguna utilidad un intento descriptivo de estas características en el marco de una reflexión sociológica.

Siguiendo el sistema conocido en la Tipología clásica que utilizan los psicólogos, podemos dividir en grupos más o menos homogéneos a los individuos según sus reacciones ante la situación que ha alcanzado el cambio social respecto al erotismo y a la conducta sexual en general. En cualquier manual de Psicología encontramos una clasificación que sitúa las radicalidades en uno y otro extremo. Esos extremos se encuentran fácilmente en cualquier análisis de opinión y, desde luego, en éste sobre la conducta sexual.

Efectivamente, junto a los que rechazan radicalmente la situación alcanzada en la evolución de la práctica sexual y de la filosofía que la inspira, conviven los que aceptan plenamente esta situación. Es el grupo de los que se identifican con el *progresismo* que reconocen en su propia postura. E igualmente, por supuesto, podemos distinguir grupos de individuos con posiciones intermedias. Todo ello nos incita a la tentación de querer establecer un interminable complejo estructural de grupos y subgrupos de ambiguas intersecciones y tangencias. Pero para evitar esa tentación, que me llevaría

más allá de los límites de este artículo, señalaré solamente, dentro de los dos bloques más notables y extremos, las características comunes suficientemente generalizadas sobre las que podamos posteriormente hacer alguna reflexión¹.

Y la característica más notable es el enfrentamiento mismo de los dos bloques en sus más íntimas y viscerales formas de pensamiento. Enfrentamiento que se hace evidente y sale incluso a discusión pública cuando se relaciona directamente con comportamientos éticos de alcance religioso y social. Esto es lo que sucede con el tema de la sexualidad.

Para los grupos de ideología *progresista*² es común, al abordar este tema, acentuar enfáticamente el carácter de liberación que posee la ideología que ellos representan frente a antiguas inhibiciones, complejos y represiones de las antiguas concepciones. Ello lo atribuyen a la educación, a la mentalidad de los eclesiásticos y moralistas y al desconocimiento científico del tema. En estas apreciaciones coinciden con grupos de otro signo, incluso de algunos cristianos conservadores moderados. Pero la nueva ideología apunta frecuentemente, en su crítica a los medios eclesiásticos del pasado, a oscuros orígenes de sus intenciones represivas, emanadas —siguiendo la desbordada imaginación de Fellini— de psicologías secretamente perversas o patológicamente impositivas, rígidas y dictatoriales.

Los grupos de ideología conservadora no pueden estar de acuerdo con la severa interpretación histórica de que son objeto. Tampoco pueden justificar el optimismo con el que se promete o espera la liberación de complejos y represiones malsanas. Sí participan de alguna forma teórica y prácticamente en una concepción de la sexualidad basada en gran parte sobre los principios de la Psicología y las ciencias y el desarrollo del Humanismo moderno. Incluso se han dejado influenciar, al menos a través de una sutil ósmosis, de la permisividad social, de los efectos, claramente percibidos como buenos hasta por pensadores próximos al integrismo, de una cierta dosis de libertad anteriormente desconocida. Es el impacto que todos los movimientos, por

¹A nivel de divulgación, MAITE MELENDO recoge las opiniones más diversas dentro de las posturas tradicionales; cfr. *Educación afectivo-sexual integradora*, Madrid 1986. De esta diversidad se tomó conciencia hace años. Véase a modo de ejemplo la obra de M. SANZ, *La sexualidad española, una aproximación sociológica*, Barcelona 1975.

²Subrayo el término para no dar como una afirmación mía que el progresismo sea patrimonio de estos grupos que se autodefinen así. Es únicamente un uso habitual de este término, aunque, por supuesto, discutible.

extremosos que sean, dejan en la historia de la cultura³.

Otra característica común en los diversos grupos autodefinidos como progresistas es que lo natural —y la sexualidad es algo natural— ha de ser mostrado sin avergonzarse de ello. Se tiene al ocultamiento o reserva de otros tiempos como una postura hipócrita, o al menos pacata, o como consecuencia normal de la educación represiva, a la que se recurre como mejor y más fácil explicación. Algunos hacen ostentación pública y práctica de estas convicciones. Emplean, cuando es posible, la misma eficacia en imponerlas que la que emplearon a su vez los mentores de la ideología contraria de otros períodos anteriores. De ahí que en la progresiva incorporación del desnudo integral o de los gestos de la intimidad sexual al ámbito habitual de imágenes hayan proliferado enfrentamientos del tipo provocación-rechazo.

Pero esta última observación puede ya ser tenida casi como histórica. Hoy no existe un grupo integrista significativo que considere pecaminoso en sí mismo el desnudo, aunque se rechace su exhibición indiscriminada o con fines erotizantes. Las hijas de padres integristas no se distinguen en su forma de vestir, por ejemplo, de las de padres progresistas de igual nivel económico, cultural y social. Se añaden otros criterios de rechazo, naturalmente, como la “cosificación” del cuerpo femenino en la publicidad, etc., ajenos a nuestro tema.

Es fácil observar desde hace años en los medios de comunicación de masas una proclividad a sustituir la antigua doctrina represiva, equivocada, y por tanto rechazable en general, por otra en la que, junto con las características de la modernidad arriba expuestas, se establecen los nuevos usos de la sexualidad. Se está creando con ello artificialmente, dada su imposición dogmática, económica y política, un fuerte grupo de opinión, una pseudoelite. Su misión parece que es enseñar a la sociedad el modo de ser progresista. Aunque su origen no sea espontáneo y, sociológicamente hablando, natural, es un grupo perfectamente detectable y hay que contar con su efecto inculturante, dado su enorme poder de penetración.

Constato, como otra característica bastante común junto a este afán de adoctrinamiento en general, ocasionales críticas específicamente dirigidas a

³Los títulos y las intenciones propedéuticas en esta materia han sido relevantes durante los últimos años. Véase: GABRIEL CASANUEVA, *Actitudes sexuales y cambios de actitudes sexuales*, Madrid 1984; F.J. ELIZARI, *Reconciliación del cristiano con la sexualidad*, Madrid 1982, o la conocida *Nueva ética sexual* de B. FORCANO, Madrid 1983.

desautorizar la calificación moral de cualquier conducta sexual y se encarnan con cierta frecuencia las actitudes críticas en personajes ridiculizados, anacrónicos o malvados. Pero más frecuentemente se usan géneros literarios, desde la entrevista intimista e inocente hasta el esperpento. Las normas y sanciones de diversa índole que se usaron en otros tiempos, sean de tipo religioso o social, se traducen fuera de su contexto histórico y cultural y con una notoria carencia de objetividad, lo cual me induce con mayor seguridad a suponer una intención docente o, tal vez, una inexplicable y contradictoria conciencia dogmática de poseedores de la verdad.

A esto se añade la importancia social que tiene el título extraoficial de *sabedor* de estos temas, en sus repliegues y profundidades psicológicas, y el de ser un experimentado. Entre los jóvenes se acusan fácilmente estas dos características. La gente adulta de este grupo de ideología progresista muestra su sabiduría, experiencia o grado de modernidad, no extrañándose de ninguna conducta sexual o manifestación sobre los más exóticos credos a este respecto. Se puede observar a veces, en entrevistas, un empeño en no parecer "atrasado" o moralizador. Pero sólo en este terreno. En otros, como en el económico, sí está bien visto tener criterios éticos.

Ante la falta de autoridades científicas, se observa también una afición a las encuestas para establecer la generalización de las nuevas prácticas sexuales como argumento de número (argumento de consenso). Sucede en parte por influencia de la praxis política todavía relativamente nueva en nuestro país. Se pasa así insensiblemente del posible valor de una proposición en cuanto a su contenido de verdad al valor que tiene por el hecho de ser asumida mayoritariamente. Lógicamente queda excluida de un posible cómputo esa otra *mayoría silenciosa* que se evoca en otros contextos.

E igualmente aparece generalizada una tendencia a no establecer fronteras entre lo que se ha venido llamando "una sexualidad correcta" y sus "aberraciones". En consecuencia no se tiene que ocultar ninguna forma de homosexualismo, fetichismo, etc. Cualquier "arte" de procurar o procurarse placer erótico es un saber estimado y no resulta ya de mala educación describir con minuciosidad cualquier sensación venérea y comunicar los hallazgos⁴.

⁴Supongo que los lectores reconocerán en estas palabras alusiones a ciertas emisiones radiofónicas en las que se preguntaba por teléfono, escogiendo al azar los números, estas particularidades. Pero este artículo no admite la polémica sobre la intención de tal o cual manifestación. Me limito a señalar cosas que son del dominio público que es lo único que tiene valor sociológico. Por ello sobran las citas.

Se da el caso de algún personaje que cuenta en una entrevista sus formas caprichosas de obtener ese placer, en pareja o en solitario⁵.

Un hecho notable observado en los últimos años: como este tema se considerará idóneo para una información literaria, se producen libros y artículos que muestran técnicas apropiadas para obtener este placer incluso de una forma disociada de toda relación interpersonal de intimidad o amor⁶. A este respecto cabe decir que el hecho de que el gobierno de un país se identifique, a través de organismos de inculturación, con uno de los bloques de determinada ideología moral supone una dificultad para percibir claramente el verdadero proceso social de las ideas por sí mismas. Una inculturación de este tipo es siempre manipuladora.

Dentro de estas rápidas anotaciones para una posible tipología de las actitudes de los grupos más significados sociológicamente, habría que observar el "nivel de salud" psicósomática y mental propio de cada uno de ellos. Es patente el convencimiento de los grupos más proselitistas y con vocación inculturadora de haber conseguido, a través de la liberación sexual, la liberación de una de las más fuertes y deformantes alienaciones humanas. Sin embargo, existe un dato constatado por mí durante algún tiempo y de fácil comprobación para un curioso de las reacciones sociales: una obsesión permanente por el vacío en la relación interpersonal, el aburrimiento o hastío de la vida, la insuficiencia de una relación sexual para cimentar una vida feliz, etc. Todo ello es tema frecuente de guiones cinematográficos, confesiones íntimas y narraciones literarias, con profundidad y angustia en el autoanálisis de los "pacientes" de soledad y disfunciones existenciales.

Creo observar que entre los promotores de la liberación sexual de las características apuntadas hay indicios de una frustración, sexual o de otra índole, que no parece la consecuencia normal que debería seguirse de tal mentalidad. Esta manifestación generalizada de indicios se detecta en la abundancia de alusiones a la liberación misma, en el carácter casi siempre traumático o neurótico de la convivencia de los personajes en las narraciones literarias o fílmicas que encarnan esta filosofía, y de las escasas posibilidades

⁵Estos extremos no se pueden considerar generalizados. Se limitan a ciertos alardes que posiblemente son censurados secretamente por muchos representantes del mismo grupo ideológico.

⁶*La conducta sexual de los españoles* de C. MALO, J. M. VALLS y A. PEREZ HENARES ha aumentado su popularidad sin duda gracias a los profusos reportajes que en su momento le dedicó el semanario "Tiempo", a partir del 10 de octubre de 1988.

de apertura y superación que dejan a la soledad humana, la soledad incluso de la pareja.

Habría por consiguiente que añadir esta observación en torno a las minorías creadoras de historias, observadoras y críticas de un tipo determinado de convivencia que es presentada como habitual y común en nuestra sociedad: una falta casi total de ilusión en la relación erótica y un convencimiento de su inconsistencia. Y, curiosamente, una máxima contradicción frente al desenfado de los semanarios: una filosofía de final, que se rezuma de situaciones, gestos y opiniones, una filosofía de hastío, de tope a la felicidad posible en el encuentro.

Cuestiones semánticas

Los fuertes cambios ideológicos suelen crear crisis semánticas. En lo que respecta a los tipos de ideología que estamos analizando, se observa a simple vista ciertos cambios o desusos de los significados de algunos vocablos tradicionales de referencia ética. Este hecho es tan significativo que se podría partir de él en el estudio de los cambios ideológicos de los conjuntos sociales. Si, a modo de improvisado diccionario comenzamos con la "A", nos encontramos con expresiones que hace años se hubiesen entendido en sentido diverso, como la expresión, por ejemplo, "hacer el amor", la cual, de una forma atemporal, parece significar hacer los gestos propios de las personas que se aman. En el uso actual aceptado prácticamente por todos viene a significar específicamente los actos fisiológicos del intercambio sexual sin referencia a alguna determinación sobre el concepto mismo de amor. Nadie intenta definir con esta expresión su propia idea de amor. Uno lo entenderá como las inmediatas emociones trascendidas de la intimidad física mientras que otro trascenderá estas mismas emociones y afirmará la posibilidad del amor incluso en la ausencia de intimidad física. Pero ambos posiblemente usen la misma expresión.

Respecto al concepto "amor", aceptando la variedad de matices con que es comprendido, sólo es rechazado por los más escépticos. Estos niegan su posibilidad real, y relegan su alcance significativo a la región del sueño, la fantasía, el deseo irrealizable. No se puede afirmar que este escepticismo sea general pero sí suficientemente notable como para constituir un modo de pensamiento constatable. Esto autoriza en la práctica el uso de este término. Por lo demás, podemos encontrar una gama de definiciones del amor, desde la más espiritualista a la puramente fisiológica, concepción esta última que

coincide ya prácticamente con la del escepticismo. Es sin embargo frecuente oír a personas jóvenes, sin trabas apenas para cualquier tipo de contacto sexual, hacer una distinción bastante radicalizada entre amor y sexo. He constatado casos de jóvenes despreocupados por los aspectos morales de la sexualidad o por encontrar en ella cualquier tipo de trascendencia que, tras diversas "aventuras", descubren una nueva dimensión emocional, desconocida tal vez en las experiencias anteriores, que les conduce a compromisos especiales de convivencia. Estas experiencias son además para estos jóvenes un punto de partida para la captación de nuevos valores como "fidelidad", "continuidad", "compromiso", etc. ⁷.

Muy curiosa resulta la relación *pudor-obscenidad*. El Diccionario de la Real Academia define el término "pudor" como "honestidad, modestia, recato". No cabe duda de que en su equivalencia a "recato" y "modestia" se refiere a *lo que es conveniente, justo o conforme* a la moral o las "buenas costumbres". Tiene además un uso más específico y frecuente que se refiere a *lo que ha de ser ocultado a la vista injustificada de los demás*. Así, cuando el Diccionario define el sentido de "obsceno" utiliza los términos "impúdico, torpe, ofensivo al pudor". O sea, que la obscenidad es en este caso contraria a la honestidad: una deshonestidad es igualmente un acto que ofende el pudor. El Diccionario, evidentemente, refleja el uso de las palabras, el uso que hasta el momento se considera correcto gracias a su universalidad. Cuando un término cambia con el tiempo de contenido y es asumido en su nueva significación por la generalidad de los hablantes considerados cultos, la Academia asume esta nueva significación y la incluye añadiéndola a la anterior o suplantándola. El Diccionario no puede adelantarse a los acontecimientos.

Pero he aquí el conflicto: ¿qué referencias éticas existen en la pluralidad ideológica y en la diversidad de conductas que se observan actualmente? Para determinar lo que constituye un acto obsceno hay que establecer anteriormente el límite entre lo conveniente y lo inconveniente, en este caso, lo "ofensivo al pudor". No lo ofensivo a cualquier sensibilidad neurótica, sino lo universalmente ofensivo, lo que se supone que hiere la sensibilidad de personas *normales*. Todo ello supone un *círculo vicioso* pues nos tendríamos que preguntar por el paradigma de la normalidad. Y hablar de lo normal y lo vicioso también engendra perplejidades.

⁷Véase, entre la abundante literatura de los últimos veinte años a este respecto, lo que escribe A. VALSECCHI en su obra *Nuevos caminos de la ética sexual*, Salamanca 1974, pp. 79 y ss.

Nos preguntaremos entonces cuándo empieza un comportamiento vicioso en la práctica sexual. Tal vez cuando ese comportamiento perturba la conducta en general, la capacidad de relación con la realidad de las cosas y de los otros. Parece que esto puede ser aceptado. También definirían así los psicólogos una conducta patológica. Pero aquí persiste igualmente la cuestión de las fronteras del concepto mismo de conducta sexual sana frente a conducta viciosa. El término "obsceno" puede presentar una referencia ética para una mentalidad y patológica para otra. Igualmente, en casos extremos, puede carecer de sentido objetivo para alguien y referirse únicamente a una expresión usada por ciertos grupos sociales regresivos para designar aquellos aspectos de la realidad sexual que les escandaliza.

Según esto, y siguiendo con los problemas de léxico, la expresión "madurez sexual" puede aplicarse tanto a la persona moderada que supera fácilmente los conflictos y se mantiene habitualmente en un equilibrio psíquico como al que llega a este equilibrio por la superación de toda represión inhibitoria y desestabilizadora de la personalidad, según afirman los grupos más *liberados*. Algunas minorías de espirituales conciben esta madurez como ausencia o escasa manifestación de "movimientos libidinosos descontrolados". Tal vez, en el terreno teórico, esta proposición pueda ser aceptada por todas las mentalidades, manteniéndose las diferencias a la hora de determinar qué es lo que la mente debe o no controlar en la vida afectiva y sexual.

"Pureza" es seguramente el término más vacío para los grupos secularizadores de la moral. Con frecuencia es un concepto ridiculizado. Aceptarlo supondría aceptar también una norma de comportamiento moral idealista. Este concepto lleva consigo una carga, ya histórica, de paradigma de virtud, enmarcado por ciertos ámbitos de mixtificación. Los mismos moralistas cristianos actuales eluden a veces esta expresión y prefieren hablar de integridad, equilibrio, madurez y profundidad en las relaciones sexuales, etc.

"Virginidad" es un concepto que corre una suerte parecida. Muchos críticos desconocen el sentido místico, consecratorio, que tuvo y tiene en la vida religiosa. Algunos ignoran incluso el profundo sentido del concepto teológico cristiano de "consagración". La idea de virginidad vuelve, pues, a su significación puramente fisiológica. Su pérdida ha dejado de tener el sentido peyorativo y dramático de otros tiempos. Su valor disminuye en la misma proporción en la que son admitidas las relaciones sexuales antes o fuera del matrimonio.

“La honra”, otra palabra en desuso progresivo casi general y que jugó un papel importante no sólo ya en la ética sexual sino en el contexto social de otros tiempos. Su ámbito fue más concreto que el de “honor”, aunque en muchas ocasiones coincidían con exactitud. Fue uno de los temas más tratados en la literatura del Siglo de Oro. En nuestro tiempo se sigue presentando en la narrativa literaria el tema de la pérdida no culpable de “la honra” pero pasan ya a segundo plano las consecuencias sociales de rechazo. En ocasiones hasta desaparecen. Y apenas aparecen referencias a la virginidad.

El máximo exponente de la pérdida de “la honra” fue la pérdida de la virginidad en la mujer fuera, naturalmente, del matrimonio. También el adulterio o incluso la violación no consentida de la esposa. Aun cuando esta violación o adulterio fuesen meras conjeturas presumibles únicamente mediante argumentos que hoy llamaríamos pruebas circunstanciales. Estas situaciones contenían siempre una fuerte referencia emocional respecto a la situación social posterior del marido o los padres, según los casos.

Hoy existen estas situaciones. Alcanzan diversos niveles de dramatismo según la mentalidad del grupo social en el que se produzcan. Pero el término mismo, “la honra” o “el honor”, ha dejado de ser válido hasta para minorías conservadoras. La racionalización de estas situaciones y la influencia de la permisividad social generalizada permiten su aceptación como algo desagradable y doloroso pero no fatal. Se puede uno sentir ofendido o avergonzado por motivos de proximidad o parentesco con la persona que “ha dado el mal paso” o ha sido víctima de un atropello sexual, pero se termina reaccionando socialmente en la certeza de no haber sido rechazado inexorablemente por todos y para siempre. Se da cada vez más el caso de cristianos formados en la Teología y el Evangelio que aceptan con comprensión el hecho de que una hija soltera quede embarazada. Pero no es cierto, como forma generalizada de sentir, que no le preocupe a un padre progresista si su hija adolescente vive en intimidad sexual con un hombre, o hasta en promiscuidad con ambos sexos. Esta forma de pensar debe ser en nuestro país muy minoritaria. Yo no la he podido constatar como grupo significativo. Sí, de forma individualizada, entre personas jóvenes que no tienen hijos de esa edad. Sólo he observado esta mentalidad en los productos televisivos de nuestro país con pretensiones posiblemente inculturadoras.

Estas someras observaciones lexicológicas son suficientes a mi juicio para caer en la cuenta de la amplitud de la crisis de ideas respecto a la moralidad

sexual que soporta nuestro modo de hablar y sentir y lo difícil que resulta utilizar un lenguaje de validez universal. Sólo se hace posible una valoración ética de los comportamientos sexuales cuando inciden en el terreno de un código social expresado en las leyes. Así, en las relaciones sexuales, la violación sería rechazada por constituir un modo de la injusticia. Iría contra el respeto a la libertad del otro. Igualmente ciertos excesos sexuales podrían penalizarse en cuanto crearan víctimas (como hijos defectuosos, contagio de enfermedades, etc.). También irían contra la justicia cualquier relación vejatoria, humillante de cualquier forma para el otro. Y, de momento, parece que se admitiría en cualquier grupo *progresista* una regulación de derecho en la pareja estable con el rechazo consiguiente de la interferencia de un tercero.

Crítica a la Iglesia

La Iglesia es uno de los grupos sociales más definidos en su modo de pensar y forma de vida. En nuestro país, desde luego, es el que presenta un complejo doctrinal más fuerte y homogéneo dentro de su más o menos discutida pluralidad. Es objeto de controversia justamente por presentar un conjunto de ideales, principios, y, sobre todo, una moral que trasciende los principios del consenso social. Esto conlleva una serie de censuras y rechazos de los comportamientos sociales que se apartan de su forma de vida. Por todo ello la Iglesia es percibida como un bloque conservador. Tiene los siglos en su favor y en su contra. Ha tenido que asumir, rechazar, transformar, numerosas concepciones del mundo y del hombre.

La fidelidad que la Iglesia debe guardar a sí misma puede también tener un efecto negativo y lo ha tenido repetidas veces a lo largo de la Historia. Por coherentes, seguras y humanas que sean sus concepciones a escala teológica en materia de antropología, hay que tener en cuenta que éstas se dan a conocer de ordinario y se aplican a casos puntuales a través de sus sacerdotes, profesores y catequistas⁸. Si estos estamentos de enseñanza no son clarividentes, fácilmente se endurecen y perpetúan los valores flexibles y transitorios de las culturas y se colocan inadvertidamente a nivel de los principios.

Acabo de señalar una de las situaciones que han generado más críticas. En la literatura y en el cine se han estereotipado personajes como el confesor

⁸Véase B. FORCANO, *Transfondo cultural del problema sexual*: Iglesia Viva, 3 (1971) 43-55. Véase también en las continuas referencias a la "Humanæ Vitæ", tanto en las interpretaciones actualizadoras como involutivas.

que se escandaliza de todo, el director espiritual dominante y represivo, el profesor o director de un colegio religioso que siembra el pánico entre sus alumnos con su intransigencia. Estos estereotipos abarcan diversas facetas de la vida. Presentan al sacerdote como un ser antipático, incomprensivo y a veces malvado y secretamente vicioso. Pero la faceta preferida para estos tipos de novela o film es la de la represión sexual.

Hay otros motivos de la dureza que ejercen los bloques más significados como progresistas en nombre de una interpretación de la evolución de la cultura que frecuentemente desconoce el origen o las motivaciones de las posiciones religiosas. La Iglesia, tal vez por su continuidad histórica precisamente y por su permanencia en el tiempo presente, por la fidelidad a su propia tradición y por el peligro de integrismo que siempre amenaza a los grupos religiosos, es un blanco adecuado de estas críticas. Parece como si los responsables actuales de la Iglesia fuesen los culpables de las equivocaciones, rigidez, intransigencia o ignorancia de otros tiempos. Se cae en el error crítico de hacer culpable de una forma de pensamiento determinada al estamento jerárquico o docente exclusivamente sin tener en cuenta que los hombres que integraban esas instituciones procedían de una cultura, de una sociedad determinada, eran a veces productos poco evolucionados de una situación dada y no culpables, como grupo, de defender unos valores, tal vez hoy no válidos, que eran en realidad los valores de su tiempo.

Por ello es una crítica frecuentemente poco objetiva que tergiversa, con diversas intenciones, la realidad histórica. De ella toman pie para desautorizar cualquier toma de posición de la Iglesia contemporánea. Se elude entonces la discusión sobre las verdaderas razones que subyacen en estas tomas de posición. Se supone fácilmente que permanecen en la Iglesia los enunciados íntegros de cualquier antropología arcaica. Los estamentos docentes de la Iglesia, por su parte, no han expresado siempre claramente qué elementos de la cultura antropológica del pasado deben su vigencia a valores básicos y permanentes. Por otra parte, un número significativo de las personas que integran estos estamentos docentes parece desconocer algunos presupuestos válidos y ya ineludibles de la Antropología moderna. Todo ello favorece la confusión.

Hay que tener en cuenta, además, en descargo de la falta de objetividad de esta crítica, las incoherencias del lenguaje habitual de algunos docentes de la moral católica en el tema de la sexualidad. Incoherencias también en numerosos aspectos y aplicaciones prácticas que afectan a la concepción

misma del comportamiento sexual. En la actividad editorial de los moralistas católicos conviven hoy libros engendrados y desarrollados en un medio contemporáneo con otros surgidos de extraños alumbramientos, de lenguaje casi esotérico para lectores no familiarizados con las concepciones tomistas o escolásticas en general.

Se puede decir —y es una afirmación meramente empírica—, que hay desconcierto en la orientaciones espirituales sobre lo que es o no lícito moralmente en la experiencia sexual. Y este desconcierto no es meramente problema de más o menos laxitud o estrechez de criterios, como muchos opinan, sino subproducto de la interferencia de esquemas antropológicos y fisiológicos diversos, esquemas compuestos de retazos extraídos de filosofías y concepciones antropológicas y científicas antiguas, de las ciencias modernas, o de otros humanismos que han influido o influyen en el cuerpo doctrinal de los manuales de moral aunque no hayan sido aceptados aún con carta de ciudadanía por el pensamiento cristiano en general. Recuérdese lo dicho más arriba sobre la diversidad de lenguajes dentro de la Iglesia, su desigual incorporación a la ciencia antropológica moderna. Desde expresiones casi jansenistas hasta proclamaciones del más generalizado progresismo crean un medio intelectual difícilmente clasificable.

El rencor de la frustración

Otro motivo subjetivo que entorpece la validez y utilidad constructiva de la crítica es una especie de *rencor o agresividad* alimentada en el recuerdo penoso de una época de prohibición e imposición de una ética difícil. Lo he constatado con frecuencia. Este rencor viene a ser como un subproducto de la continua frustración de una infancia en confrontación continua con unos baremos de dignidad o unos niveles éticos cuyo solo enunciado ostentaba una acusadora referencia al pecado. He oído una reiterada queja de adultos de más de cuarenta años, incluso entre cristianos “practicantes”, del miedo que los predicadores y profesores de religión implantaban “sistemáticamente” en sus mentes respecto al “pecado de la carne”. Hay por tanto un pasado de rechazo: una adolescencia bajo el signo de la culpa, que desemboca, como mecanismo defensivo, en el rechazo de la validez y legitimidad de los antiguos legisladores, los cuales siguen siendo identificados emocionalmente en los herederos actuales de aquel *rol* tan odioso y temido. De la misma forma, la conciencia queda “liberada” y se transforma la propia imagen de pecador a costa de romper en pedazos aquel odioso “superego” de la pubertad y

adolescencia⁹. Las consecuencias de esta rebelión o emancipación son decisivas respecto a la situación general de la fe en la Iglesia de algunos de estos conjuntos sociales y, en los más radicalizados, incluso de la fe en Dios. Pero esto es ya otro tema.

Existe también otro rechazo generalizado que no proviene de atávicos inconscientes, al menos no sólo de ellos, aunque éstos sean aducidos habitualmente como única justificación de las frustraciones sexuales: una interna y tal vez inconsciente confrontación, enfrentamiento, dialéctica ineludible, entre los comportamientos personales y las viejas o modernas doctrinas éticas. Un individuo que padezca esta crisis puede percibir en cualquier doctrina moral una condena de su propia conducta. Puede percibirse a sí mismo como algo corrompido y despreciable. Por alto que pueda ser el nivel de convicción que posea respecto a sus propias ideas "modernas y liberadoras", difícilmente podrá evitar la duda sobre la coherencia de una conducta rebelde ante una doctrina moral aprendida en la infancia y vigente aún entre personas cercanas. Pero esta duda, apenas aflora a la conciencia, se traduce en fuerte rechazo y afirmación dogmática de progresismo dialéctico frente a fixismo, traducido a su vez popularmente como moderno frente a antiguo, progresismo frente a conservadurismo.

Los resortes psíquicos que se mueven en esta forma de rechazo son de carácter muy variable, según la historia afectiva de cada individuo, pero tienden casi siempre a recuperar una imagen de sí mismo más inocente, creativa y autónoma. Piénsese, por ejemplo, en la liberación que podría suponer para un homosexual que ocultase vergonzosamente su tendencia en una sociedad severamente condenatoria, tener acceso a una nueva forma cultural en la que se aceptase públicamente tal condición y práctica. Su adhesión al nuevo sistema, independientemente de su comprensión teórica de la nueva concepción humanística subyacente, se realizaría con exaltación y revestiría aires de gran verdad liberadora. Pero el proceso se habría realizado por vía afectiva. En general puede decirse que este mecanismo funciona frente a toda forma de autoridad o fuerza que amenace esta creatividad, inocencia o autonomía.

El estado de la cuestión

Pero el enfrentamiento entre los extremos más radicalizados tiene su base en motivaciones más universales. Se trata claramente de una oposición

⁹M. LOBBOT, *La liberación sexual*, Madrid 1978.

idealismo-materialismo, creencia en lo Trascendente-increencia y, por tanto, de una visión contradictoria del hombre. En la Iglesia, como representante indiscutible en nuestro país de los bloques idealistas de filosofía trascendente, aunque exista una multiplicidad de niveles de inculturación antropológica y un cierto eclecticismo sintetizador de otras aportaciones culturales, existe también una antropología teológica muy determinada, moderna y dinámica, cultivada a escala teórica por los teólogos pero encarnada por la praxis de grupos comprometidos de diversa amplitud e influencia¹⁰.

Pero esta existencia es desconocida en sectores críticos que escogen como objeto de su crítica sólo las posturas extremas de conservadurismo, muchas de las cuales son ya tópicos históricos en el pensamiento más representativo del Catolicismo moderno¹¹. Sin duda que sectores significativos del Magisterio de la Iglesia siguen con un lenguaje de difícil decodificación y reproducen, en mezcla con los conceptos antropológicos de la modernidad, retazos de concepciones culturalmente extintas en las ciencias humanas, como he apuntado anteriormente. Ello supone una síntesis doctrinal heterogénea. Pero aun esta síntesis doctrinal, exceptuando puntos concretos de controversia entre los mismos teólogos, ofrece una antropología de elevados valores no extraños de ninguna forma a una actual y coherente hermenéutica experiencial de la vida¹².

Hay que decir entonces que la falta de unanimidad entre los innumerables profesores de Religión, consejeros espirituales y moralistas, y la consiguiente pérdida de poder de convencimiento y de actualidad de la doctrina moral de los cristianos respecto a la sexualidad, no consiste primordialmente en su aferramiento a fórmulas y concepciones del pasado ni en la falta de un

¹⁰Véase *Sexualité et vie chrétienne. Point de vue catholique*, Paris 1981. Esta obra, aparte de su contenido actualizante, tiene el interés de una no frecuente colaboración de un episcopado con seglares cualificados en la confección de una obra a modo de manifiesto ideológico respecto de este tema de la sexualidad, aunque se haya dado fuera de nuestro país. Patrocinada y editada por la Comisión Episcopal de la Familia y la Comisión Social del Episcopado Francés, intervienen obispos, sacerdotes y seglares especialistas en sociología, medicina, psicología y teología moral.

¹¹M. VIDAL, *Sexualidad y Cristianismo: Del conflicto a la reconciliación*: Concilium 109 (1975) 374-386.

¹²Prueba de ello son los estudios antropológicos y pastorales que tienen en cuenta el Magisterio de la Iglesia, aunque encontremos con frecuencia cierta ambigüedad, motivada por el respeto a la doctrina de los documentos oficiales, a la hora de emitir valoraciones morales concretas. Son importantes a este respecto los trabajos de M. VIDAL, *Moral de actitudes*, vol. II, especialmente pp.307 y ss. (Madrid 1981) y de E. LOPEZ AZPITARTE, *Sexualidad y matrimonio, hoy. Reflexiones para una fundamentación ética*, Santander 1975.

humanismo que interprete el sentir del hombre actual. Los cristianos, en sus sectores más vivos, se están poniendo al día en muchas ideas y actitudes y muestran una gran sensibilidad por los grandes problemas del mundo. Hay una toma de conciencia muy notable de sus problemas y angustias. ¿Por qué, entonces, en este tema tan importante de la moral sexual, no son más creativos y luminosos, tanto para el Pueblo sencillo de Dios como para “todos los hombres de buena voluntad”?

Pienso una vez más que la crisis no es solamente del pensamiento humanista cristiano. Es una crisis de nuestro tiempo, del Humanismo actual. La crisis está en su misma definición y ámbito. Es, por consiguiente, la crisis de la Antropología, de una Filosofía del Hombre. Efectivamente, una filosofía es forzosamente una síntesis de las diversidades estructurales, una conclusión última y universalizante. Pero los modos de la investigación sobre el hombre no superan la analítica del método científico. La irrupción masiva de los innumerables sectores puntuales dificulta la comprensión del posible “sistema”. El abandono de un “sistema general” no proviene únicamente de la desaparición de los modos racionalistas de interpretación ni de la aparición de los positivimos, sino de la invasión de los métodos de análisis empírico en el pensamiento humanista.

Hoy no es posible un humanismo que desconozca las apoyaturas empíricas de las Ciencias. No es posible, por ejemplo, una teoría general del proceso humano, ni siquiera en su dimensión trascendente, si no se integran los procesos mismos biogenéticos, fisiológicos o psíquicos entre los elementos que han de ser interpretados¹³. Igualmente, una antropología puramente analítica, lo que podemos llamar antropología empírica o científica, no puede, permaneciendo en sus modos propios de análisis, determinar una síntesis humanista integradora que supondrá siempre unos parámetros experienciales de otro carácter, como el análisis fenomenológico de la vivencia humana.

Así, pues, pienso que hay ambigüedades puntuales y diversidad de concepciones en el campo de la interpretación del sentido de la sexualidad que ofrece la Iglesia en sus distintos estamentos docentes. Pero éstas proceden de la ambigüedad de la Antropología moderna, a la que falta un más completo conocimiento de los componentes empíricos en la totalidad de la conducta sexual. En un medio platónico la Iglesia proyectó su “idea del

¹³En este sentido, la obra citada de M. VIDAL representa un intento de enmarcar la sexualidad en un ámbito antropológico.

Hombre”, pero tuvo que ser interpretada y comprendida en las coordenadas de una visión platónica en general. Sucede que existía una visión antropológica concreta y a partir de ella podía ser entendida la visión particular del Cristianismo.

Me pregunto cuáles son los parámetros del pensamiento moderno sobre el Hombre. ¿Hay en la actualidad una visión suficientemente generalizada del Hombre? Quiero decir una visión general que pueda basarse plenamente en las ciencias y en la analítica metodológica, que es la forma que tiene de ver el mundo y el hombre un amplio sector de nuestra Cultura. No existe esa “idea general”. Nuestras “conclusiones últimas” tienen un tono privado. Vivimos una cultura de hallazgos concretos, incluso de grandes conquistas concretas. Una visión del Hombre extraída únicamente de elementos de análisis no pasa de ser una impresión inductiva, en todo caso un sentimiento. Pero no un humanismo.

Respecto a la dimensión sexual, ineludible en una antropología, no existen conclusiones científicas que la moral cristiana haya rechazado; al menos los portavoces progresistas de esta moral. Si hay rechazos, no se deben a esas conclusiones en sí mismas, sean de índole fisiológica, biológica o médica, sino a la visión humanística “particular” que proyectan ciertos científicos o aquellos que se encargan de construir su particular ética extrapolando dichas conclusiones o quedándose en el nivel empírico de su misma analítica. Pero este nivel es inadecuado para un humanismo y supone por ello una conclusión pseudofilosófica. Las alternativas que se presentan a un cristiano —como se presentarían a un filósofo de la Trascendencia— crean un vicio lógico. El cristiano puede aceptar los supuestos progresistas que afirman la licitud, naturalidad y conveniencia de la no represión en el comportamiento sexual. Ya es un hombre moderno. Pero pronto el desencanto le convence de su error. No hay liberación, no hay felicidad, no hay belleza. Los psiquiatras tienen más trabajo con los supuestos “liberados” que con los llamados inhibidos¹⁴. Demasiadas vidas destrozadas pero automáticamente impulsadas a una apología de su propia destrucción y a una filosofía de la vaciedad. El recién convertido a la alternativa más progresista se alarma. Y se produce entonces la vuelta atrás, el proceso de rechazo, la primera alternativa.

Procesos semejantes, con ésta u otras reacciones, son frecuentes en estudiantes cristianos y seminaristas que buscan entre los plegamientos de las

¹⁴Naturalmente no se trata de inhibición patológica sino del “control” que aceptan muchos psiquiatras como elemento importante de equilibrio.

Epistemologías una Antropología inexistente. La única observable a nivel sociológico es la construída al azar de la praxis, la que está en la calle. Esta antropología de lo superficial, de un claro anarquismo axiológico, no es sin embargo la consecuencia necesaria del análisis de las aportaciones empíricas de las Ciencias. No es su correlato práctico sino su interpretación paralógica¹⁵. De aquí que resulte en muchas ocasiones carente de significado el término "progresismo" que, además de ser ambiguo por apropiaciones indebidas, deriva con frecuencia de enunciados empíricos y de creencias supuestamente basadas en las Ciencias.

En este punto son los psiquiatras y psicólogos los que dejan más fácilmente el rigor en sus enunciados antropológicos. Esta preterición de la objetividad científica se comprueba con frecuencia en la correlación existente entre las conclusiones sobre diagnosis y terapias y la postura filosófica o religiosa del autor de tales conclusiones. Entiendo que un psicólogo no se ve obligado a cambiar sus principios de ética sexual en aras de un nuevo descubrimiento científico, sino que interpretará ese descubrimiento dentro de su visión general del Hombre y sólo tendría que cambiar ésta, en todo caso, en algún matiz concreto que viniese a potenciar o esclarecer esa visión general. Un psiquiatra entenderá la conducta del masturbador habitual como una forma patológica, o al menos neuroide, de superar sus angustias. Otro, por el contrario, verá esa conducta como la adecuada para romper con ciertas inhibiciones, complejos o mitos, o para afirmarse a sí mismo, o para satisfacer una necesidad fisiológica y habitual etc. Ambos procederán, en realidad, según sus creencias a las que acomodarán los ambiguos resultados de la analítica psiquiátrica.

En cuanto a ciertas conclusiones éticas, sean de signo conservador o progresista, basadas en la Biología como en el caso del aborto, no son sino manifestaciones de una filosofía particular en cuyo sistema entra o no la concepción del nuevo ser como destino único y trascendente. El hecho biológico no nos provoca una visión determinada de lo que es el hombre en todas sus dimensiones pero sí una base empírica para que el creyente o el materialista determinen unas normas de conducta desde sus propias concepciones humanistas. Igualmente, si se pretende concluir la licitud o ilicitud de un comportamiento sexual basándose en la teoría del instinto, de la ley de estímulo - respuesta, tensión - ansiedad o satisfacción - equilibrio emocio-

¹⁵En este punto sí que habría de aceptarse la prohibición que toda filosofía analítica mantiene de no pasar de los enunciados empíricos a enunciados de valor de carácter espiritual o metafísico.

nal, etc., se está usando realmente un argumento filosófico, —no científico— tan viejo por otra parte, como el empleado por los sofistas, contradictores de Sócrates, cuando establecían las bases de su relativismo ético.

En otras palabras, el análisis empírico me dice que tal comportamiento alivia una cierta tensión. Pero no puede afirmar que es un buen procedimiento si no tiene en cuenta la totalidad del psiquismo, en la que se ha de incluir una concepción determinada del hombre sobre la que tal comportamiento podría tener fuerte incidencia. Y no se puede atender a esa totalidad sin entrar en el mundo de las vivencias de ese psiquismo concreto que se analiza, es decir, de la visión general de la Vida y del Hombre, de una hermenéutica del “sí mismo”. En definitiva, de una filosofía o una religión.

Por tanto es preciso concluir que, sin una ideología determinada sobre el Hombre, la Ciencia no puede servir eficazmente en la formación de una ética. Pero esta ideología no existe como “la Ideología del siglo XX”. La Iglesia puede y debe incorporar todos los datos empíricos para enriquecer y adecuar su orientación moral, pero la solución consiste básicamente en la irradiación más fuerte y clarificadora de su propio Humanismo. Sin un lenguaje antropológico decodificable universalmente, no sólo por los cristianos e idealistas¹⁶, no es posible mensaje alguno ético; ni siquiera credibilidad. Urge una antropología que recoja todas las aportaciones valiosas y sea consciente de sus propias oscuridades. Es preciso tomar conciencia de la inmadurez que todavía existe en la investigación de la dimensión sexual del hombre a nivel científico y antropológico y, consecuentemente, de su repercusión en ciertas perplejidades de orden moral. Ser consciente de lo que no se sabe es un signo de sabiduría.

Enrique M. Borrego

¹⁶Es notable el esfuerzo que subyace en la obra citada de E. LOPEZ AZPITARTE por superar la incompatibilidad de los habituales códigos del lenguaje moral eclesiástico con un código más universalmente comprensible, que no es tampoco el propio del análisis empírico de los psicólogos.